

A PROPÓSITO DE LA HISTORIA CULTURAL Y LA MUTILACIÓN SOCIAL DE LA EXPERIENCIA HUMANA.

Algunas consideraciones a partir de la historiografía mexicana*

Patricio Herrera González**

RESUMEN

Este ensayo presenta una discusión sobre los alcances de los estudios históricos en el presente, considerando las nuevas formas de historia social y cultural que han entregado una serie de *outillage* para comprender las experiencias históricas. Se reconoce la existencia de múltiples perspectivas para aproximarse al pasado y el presente, tanto en métodos como en objeto de estudio, pero con el riesgo creciente de la atomización en el conocimiento histórico y el desplazamiento de los particularismos en la experiencia humana, como resultado de la globalización.

CLAVES

Historiografía, subjetividad, historia cultural, experiencia histórica, representaciones.

ABSTRACT

This paper presents a discussion on the scope of historical studies in the present, considering new forms of social and cultural history have delivered a series of *outillage* to understand the historical experiences. It recognizes the existence of multiple perspectives to approach the past and present, both in methods under study, but with increased risk of fragmentation in historical knowledge and the displacement of the particularities in the human experience as a result of globalization.

KEYWORDS

Historiography, subjectivity, cultural history, historical experience, representations.

Recibido: 20 de septiembre de 2011.

Aceptado: 6 de enero de 2012.

* Las ideas contenidas en este ensayo han podido ser discutidas ampliamente con los historiadores Dr. Thomas Calvo y Dr. Víctor Gayol, en el contexto del programa de Doctorado en Historia, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de Michoacán, Zamora, México. A ambos les agradezco los comentarios e indicaciones.

** Magíster en Historia. Becario Conacyt, México. Correo electrónico: herrerapb@colmich.edu.mx

“[Deseo] que el historiador se instale en el cruce donde todas las influencias se cortan y se funden en la conciencia de los seres humanos que viven en sociedad”.

Lucien Febvre¹.

LA BÚSQUEDA DEL SUJETO HISTÓRICO

Quisiera partir este ensayo señalando que no hay relación objeto-sujeto mecanicista y pasiva en la historia que se imagina y se (re)construye. El historiador desempeña un papel activo en el conocimiento que elabora, su objetividad contiene subjetividad, por tanto no hay conocimiento histórico sin sujeto cognoscente. Es así como no debemos perder de vista que el historiador está implicado en la producción de su conocimiento². Frente a esta constatación surge la inquietud por saber qué y cuánto aporta el sujeto en la apropiación de su objeto de estudio. Esto quiere decir que mientras más sepamos de nuestro orden interior como historiadores, el cual influirá en nuestros métodos de observación, estaremos en mejor disposición para (re)presentar todo orden existente en el mundo exterior. Al respecto varios autores han coincidido en señalar que existen al menos tres factores subjetivos en el conocimiento histórico: juicios de valor en relación a selección de materiales; explicación y jerarquización de los varios

tipos de causas históricas; imaginación histórica y factor humano como objeto de la historia en reconstrucción³. Considerando estos factores, el historiador se vuelve una parte constitutiva de su historiografía producida, ¿significa esto invalidar la objetividad de la verdad histórica? Esta es quizás la primera gran ruptura que se produce desde mediados de los años '50 en la comunidad historiográfica de vanguardia en occidente, tanto en *Annales* como la *Nueva Historia Social Británica*⁴, cuando los historiadores hicieron valer el factor subjetivo del conocimiento histórico, asumiendo que este se desliza en la existencia del sujeto cognoscente. Desde este momento la historiografía —como campo de saber— comenzó a sacudirse del positivismo, las leyes generales, la neutralidad, en suma de una historia al servicio del Estado.

Por eso que a la hora de comunicar conocimiento los historiadores desde mediados del siglo XX, y hoy más que nunca, estuvieron conscientes que había que desplazar la objetividad entendida exclusivamente como sustentadora del estatuto científico de la disciplina, por

1 Discurso de su primera candidatura al Colegio de Francia, 1928.

2 Al respecto ver el sugerente trabajo de Adam Schaff, *Historia y verdad: ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico*, Traducción de Ignasi Vidal Sanjeliu, (México: Grijalbo, 1974).

3 Estos factores han sido trabajados en autores tales como Paul Ricoeur, *Historia y narratividad*, Traducción de G. Aranzueque, (Barcelona: Paidós, 1999); Jerzy Topolsky, *Metodología de la historia*, Traducción de María Rodríguez, (Madrid: Cátedra, 1985); Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método* (Barcelona: Crítica, 2001).

4 Al respecto ver Patricia O'Brien, "Michel Foucault's History of Culture" y Suzanne Desan, "Crowds, Community, and Rituals in the work of E. P. Thompson and Natalie Davis", en Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History* (Berkeley: University of California Press, 1989).

una que se comprometiera con una intención ética, procurando multiplicar los estudios históricos de sujetos y sus tejidos sociales, retratando sus verdades, con o sin apego al canon oficial. Esto no quiere decir que los historiadores, desde ese momento, renunciaron a ser objetivos en sus estudios, solamente cambiaron los énfasis, se anheló buscar la verdad sin restricciones ideológicas, políticas o académicas⁵. Por tanto, la objetividad así entendida supuso la imposibilidad de eliminar totalmente la subjetividad del campo de acción de los investigadores.

Si la subjetividad no puede ser eliminada en la apropiación de la experiencia humana que se visibiliza en las fuentes, y menos aún en la interpretación histórica del investigador, sus efectos sí pueden superarse en el proceso infinito de perfeccionamiento del conocimiento:

“[L]a literatura de historia cultural frecuentemente deja entrever ciertos tonos autobiográficos. En parte, esto se debe a la creciente convergencia de la historia cultural con la antropología [...] Mientras que una vez nos apiñamos como observador y objeto, ahora tenemos dos subjetividades rodeándose precavidamente entre sí, o incluso tres si el hacedor de la fuente-texto es distinto de los actores descritos. En otras palabras, si los observadores están en el cuadro, acaso

sus supuestos y el modo de su mirada reclaman alguna atención”⁶.

La historia así entendida, tal como la han expuesto Bloch, Braudel, Thompson, Foucault, Hobsbawm, Chartier, entre otros, se vuelve una disciplina que transitaría permanentemente por los senderos de las conjeturas y las hipótesis, por tanto se inauguró un ‘saber histórico’ que comenzó a ser asimilado como acumulativo y parcial. Esto significó que las verdades en historia fueron asumidas desde ese momento –y también hoy– como ‘agregativas’ y no absolutas como lo había practicado equivocadamente el positivismo. Por tanto fue una invitación a resituar nuestro quehacer disciplinar, tanto epistemológica como ontológicamente, como parte de un producto social, buscando superar los límites que suponen las verdades unívocas mediante la formulación de verdades más polifónicas.

En el presente la historia, la objetividad y la verdad se garantizan en la colaboración científica entre disciplinas –antropología, sociología, arte, religión, filosofía, psichistoria–. Sólo la relación intersubjetiva permitirá el progreso constante del conocimiento social para así intentar superar la acción deformadora del factor subjetivo⁷. No podemos

5 George Duby, “La historia cultural”, en Jean-Pierre Rioux y Jean-Francois Sirinelli (ed.) (1997), *Para una historia cultural* (México: Taurus, 1999), 449-450.

6 Eric Van Young, “The New Cultural History Comes to Old Mexico”, en *Hispanic American Historical Review (HAHR)* 79/2 (1999): 211-247.

7 Fernand Braudel escribía a mediados de los años 50’ como la historia debía trabajar mancomunadamente con geografía, economía, sociología en su ya clásica obra *Historia y ciencias sociales* (Madrid: Alianza, 1974); así mismo Peter Burke en *Sociology and history* (London: George Allen & Unwin, 1981), tiene una postura radical al respecto, señalando que tanto la historia como la sociología han sido sordas a la necesidad del trabajo en conjunto, apuntando en toda su obra a demostrar los puntos de contacto entre ambas disciplinas. El mismo Edward Palmer Thompson en *Historia social y antropología* (México: Instituto Mora, 1994), ensaya una propuesta de trabajo en dirección a resolver problemas de identidad, cultura, ideología, cambio social, para ello reconoce el trabajo interdisciplinario como indispensable para tener nuevas y mejores respuestas. En todos está una idea de base que es superar las limitaciones de las ‘racionalidades disciplinarias’.

olvidar que la subjetividad es una regularidad, una constante y no un fenómeno fortuito, está en la esencia del conocimiento histórico. Pero a su vez debemos celebrar que la (re)construcción del conocimiento histórico sea un proceso social en el que todos sus componentes—*fuentes, historiador y paradigma*— irremediablemente forman un conjunto. Este reconocimiento es el que realizó Florencia Mallon, señalando al respecto:

“Siendo quien construye la narrativa, tengo el poder sobre su forma y sobre las imágenes de los actores que contiene. En cierta forma estoy derribando historias oficiales sólo para construir una nueva. Con todo, mis esfuerzos rendirán frutos sólo si estoy dispuesta a escuchar, a abrir mi narrativa a voces e interpretaciones rivales, a luchar para evitar el papel del narrador omnisciente o positivista.” [...] “Este proceso de trazar conexiones —entre yo misma e intelectuales locales, entre discursos sumergidos e insumergados, entre lo que sucedió entonces y lo que sucede ahora y en el futuro—, me coloca claramente dentro de luchas por el poder y el significado. No puedo ponerme fuera o por encima de ellas, y en cualquier caso no querría hacerlo⁸.”

Si bien Mallon es tributaria de esta nueva concepción, cae en un esencialismo histórico que termina por desacreditar su trabajo. La subjetividad así entendida está más próxima a justificar axiomas de su militancia académica —y a veces sólo sus convicciones políticas— del presente, que a exteriorizar las verdades

—aún parciales— del tejido hegemónico y subalterno del pasado.

Creemos, que el interés primordial de la historiografía es considerar que los hombres y mujeres protagonistas de nuestras ‘conjeturas’ y representaciones se hagan visibles, con sus discontinuidades, identificando sus falsos discursos que ocultan intenciones y motivaciones en sus actos, de tal forma que nuestras (re)construcciones sean en propiedad historias que no descuidan ninguna experiencia humana, sin excepción⁹.

Cuando la historiografía actual nos plantea la necesidad de avanzar hacia nuevas formas de comprender los problemas históricos, a escalas de referencia que se ajusten mejor a los procesos de definición de los sujetos, nos remiten a la necesidad de revisar el papel que han jugado todos los actores en la construcción de las formaciones políticas, económicas, culturales o sociales, más allá de las insuficiencias de las fuentes o sus limitaciones. Es en ese sentido que se pretende avanzar en el retrato de otros sujetos, que en ningún caso se trata de desplazar a unos por sobre otros sino ponerlos en relación. Sin embargo, resulta paradójico que en esos mismos progresos alcanzados los historiadores sigamos marcando diferencias al interior de los propios colectivos socio-políticos que escogemos como nuestros objetos de estudio. Es el caso de las categorías de

8 Florencia E. Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (Berkeley: University of California Press, 1995), 20.

9 Es interesante considerar que los protagonistas de nuestras historias nos llegan a través de fragmentos, retazos, lo que no significa parcializar, literalizar o invisibilizar los discursos y prácticas de los individuos. La propia construcción de la historia cultural es un buen modelo de reconstrucción de discursos y prácticas sin exclusiones. Al respecto ver a Peter Burke, *¿Qué es la historia cultural?*, Traducción de Pablo Hermida Lazcano, (Barcelona: Paidós, 2006).

lo popular, donde muchas historias han pretendido asumir que algunos sujetos tienen mayor historicidad para ser retratados como representantes de ese ámbito socio-cultural, constatando en ello la amplitud de brechas y en ningún caso la superación de premisas excluyentes. Es el caso de la historiografía mexicana, que en los últimos 25 años ha progresado enormemente en acercarse a categorizar a nuevos actores entre los sectores populares, pero que ha producido que unos sujetos sean más historiables que otros, con las respectivas consecuencias que arrojan tales posiciones¹⁰.

A pesar de que los estudios de campesinos, desde ámbitos políticos, de sociabilidad y representaciones han mostrado importantes contribuciones en las dos últimas décadas¹¹, hemos dado origen a un mito tremendamente perverso, y tan censurable como cuando todo giraba en torno a los acontecimientos que protagonizaba la elite conservadora o liberal, que sólo los sectores campesinos son depositarios del germen de la subversión y el cambio social, tal como lo subrayó Mary Kay Vaughan:

“Aquí me ocupo de la identidad política tal como ésta se alimenta y se relaciona con la identidad social y cultural. Para detectarlas en el registro histórico, el historiador debe ba-

sarse en gran medida en los discursos de los campesinos, es decir, los lenguajes que ordenan la realidad, confieren significado y valor, crean conocimiento e influyen la práctica social”¹².

Es decir que existe una inclinación por reconstruir la historia desde las mayorías, indistintamente si estas fueron las elites o los sectores populares. Creemos que es necesario pensar que en el pasado la situación pudo haber sido mucho más fluida y que no podemos descuidar los proyectos históricos de ningún grupo, pues no se trata de hacer historia de mayorías o minorías de manera aislada.

ENTRE MEMORIAS, HISTORIAS Y SUS CUSTODIOS

Jacques Le Goff alude en *El orden de la memoria*¹³ a la acción de recordar; ese proceso originado psicológicamente pero a la vez fijado en la experiencia social, que (re)convierte lo vivido en sublime y perecedero. De ahí que el recuerdo pueda ser constitutivo, en una formación individual y/o social, de una ‘fabricación’ identitaria¹⁴. La pregunta que surge, entonces, es ¿quién fija esos recuerdos, de sobremanera a nivel colectivo? Si consideramos que los sujetos no tienen idénticas representaciones frente

10 Una correcta síntesis de estos avances en la historiografía mexicana pueden encontrarse en William E. French, “Imagining and the Cultural History of Nineteenth-Century Mexico” y Mary Kay Vaughan, “Cultural Approaches to Peasant Politics in the Mexican Revolution” en *Hispanic American Historical Review* 79/2 (1999): 249-267 y 269-305. Véase la severa crítica al respecto que hace Stephen Haber, “Anything Goes: Mexico’s New Cultural History”, en *Hispanic American Historical Review*, 79/2, (1999).

11 En los trabajos ya citados de Van Young, French y Kay Vaughan en *HAHR*, hay una importante lista de quienes han contribuido a desarrollar novedosos estudios sobre los campesinos y la subversión, sin embargo debemos destacar los trabajos de autores tales como Tutino, Mallon, Van Young, Falcón, Stern.

12 Kay Vaughan, “Cultural Approaches...”, 282.

13 Ver Jacques Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, Traducción de Hugo Bauzá, (Barcelona: Paidós, 1991).

14 Ver el debate que existe en relación a la identidad polifónica de México en los artículos ya citados que se encuentran en *Hispanic American Historical Review* 79/2 (1999).

a un acto¹⁵, es evidente que estos producirán consensos y desapegos a la hora de construir la memoria de una comunidad, lo que hace que la respuesta no sea categórica y unívoca, pues existe la circulación de las ideas¹⁶.

Así como la Iglesia cristiana necesitó de las sagradas escrituras para gestar sus memorias, hitos, cronologías y atesorar sus ritos; también la revolución política del siglo XVIII necesitó de instrumentos que mediatizaran las transformaciones y sus arraigos en la razón y corazón de los seres humanos contemporáneos a éstas. En este sentido la escuela fue aquel tamiz por donde fluyó el proyecto revolucionario, que además de educar las mentes y pasiones revolucionarias proveyó de recuerdos y olvidos a los revolucionados, de tal forma de perpetuar la revolución en desmedro de aquellos que se estaban viendo excluidos de los circuitos del poder¹⁷. Los que a su vez creaban sus propios mecanismos para asegurarse un lugar en la memoria de sus partidarios y así juntos buscar el

momento apropiado para hacer germinar la contrarrevolución.

En tanto la historiografía avanzó en su estatuto científico, durante el siglo XIX, y alcanzó el reconocimiento como tal por los investigadores de otros campos de estudio, se volvió una disciplina confiable para ‘archivar’ los hechos que marcarían la conformación de las nacionalidades y sus identidades. Mientras los Estados nacionales necesitaron construir cuerpos dóciles y racionalidades compartidas, la historia como materia enseñable fue imprescindible para garantizar la adhesión a los nuevos valores y apegos del orden imperante. Para ello fue indispensable inventar la conmemoración de los ‘forjadores de la patria’ y todo el panteón de los celadores de ‘alma colectiva’, que desde entonces vigilan cada gesto en las plazas públicas evocando a cada instante que debajo de la capa de bronce yacen los principios que sustentan nuestros destinos. Es así como el monumento se transformó en documento, en fuente viva de una memoria tangible

15 Es auspiciosa la polémica que se ha producido en los últimos 25 años en torno a las representaciones y sus prácticas, en este sentido son ilustrativas las discusiones que han sostenido Roger Chartier, “Text, Symbols, and Frenchness”, en *The Journal of Modern History* 57/4 (1985): 682-695; Robert Darnton, *The Kiss of Lamourett. Reflections in cultural history* (New York: W. W. Norton & Co., 1990), específicamente “History and Anthropology” pp. 329-353; Dominique La Capra, “Chartier, Darnton and the Great Symbol Massacre”, en *The Journal of Modern History* 60/1 (1988): 95-112; William Roseberry, *Anthropologies and histories: essays in culture, history, and political economy* (New Brunswick: Rutgers University, 1989).

16 Ver las contribuciones de Sanjay Subrahmanyam, “Du Tage au Gange au XVIe siècle : une conjuncture millénariste à l’échelle eurasiatique”, pp. 51-84 y Serge Gruzinski, “Les mondes mêlés de la Monarchie catholique et autres: connected histories”, pp. 85-117, en dossier « Une histoire à l’échelle globale », en *Annales HSS*, 56/1 (2001); Serge Gruzinsky, *Les quatre parties du monde: histoire d’une mondialisation* (Paris: Editions de la Matinière, 2004). En el caso mexicano es sugerente el trabajo de Mauricio Tenorio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, Traducción de Germán Franco, (México: Fondo de Cultura Económica, 1998). Creemos que el aporte de la historia cultural ha dado este importante giro, que se expresa en los consumos de artefactos, ideas, proyectos, experiencias y de estereotipos, pero que se transforman en la medida que existe la capacidad (re)significadora del ser humano tensionado por sus contextos culturales. Sin embargo, no se trata del difusionismo cultural de principios del siglo XX sino de momentos de consumos enfrentados por los modelos culturales en la prolongada cadena de la circulación y sus vetuetos.

17 Ver Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución Francesa* (Barcelona: Gedisa, 2003); Michael Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión* (Madrid: Siglo XXI, 2000); Natalie Davis, *Sociedad y cultura en la Francia moderna* (Barcelona: Crítica, 1993); Arlette Farge, *Dire et mal dire. L’opinion publique au XVIIIe Siècle* (Paris: Le Seuil, 1992); Antoine de Baecque, “La Revolución Francesa: ¿Regenerar la Cultura?”, en Rioux y Sirinelli *Para una historia cultural...*, 203-225.

que no quiere renunciar a modelar la sociedad. La historiografía desde aquel momento se erigió como la ciencia oficial del Estado, en cuyo acto se alejó de la búsqueda de una ética de la verdad, pues poco le interesó la evocación de las pluralidades sociales. A través del juego perverso de memoria-olvido coadyuvó al ejercicio del poder espurio de aquellos que, no teniendo legitimidad para detentarlo, se valieron de la manipulación de los recuerdos que podían inventar los historiadores.

Mauricio Tenorio en *Artilugio de la nación moderna* retrató de forma magistral los usos y abusos de las representaciones culturales que decidieron manipular los custodios de la memoria nacional mexicana entre 1880-1930. Su investigación fue la reconstrucción paso a paso de cómo la elite, porfirista y revolucionaria, se asignó la menuda tarea de familiarizarse con los rituales de la modernidad, practicar con el arte demostrativo de la civilización: las ferias y exposiciones universales de Filadelfia (1876); Nueva Orleans (1884); Paris (1889); Chicago (1893); Paris (1900); Buffalo (1901); San Luis (1904); Rio de Janeiro (1922); Sevilla (1929) y Paris (1937). En esos carnavales de la modernidad, México fue representado por una imagen nacional, capaz de dialogar con otras imágenes nacionales de occidente, en la lengua universal del progreso. Se procedió, en un extenso itinerario de medio siglo, a instalar en las representaciones mentales de los mexicanos, sin excepción, que el país estaba orgulloso de su pasado amerindio, considerado el

germen de la nación mexicana republicana, pero que era necesaria una conformación más vasta, cosmopolita.

Para ello se necesitó del reconocimiento extranjero de la viabilidad del proyecto modernizador que ‘fabricaron’ *los magos del progreso y los nuevos tecnócratas* de las prácticas políticas públicas y privadas. Esto explica, para Tenorio Trillo, que el Palacio Azteca que se presentó en la exposición Universal de Paris en 1889 fue transformado en texto y contexto de un relato nacionalista, desgajado en torno a los mitos del mestizaje racial y la síntesis cultural. Lo paradójico es que entre Riva Palacio, Vasconcelos o López Velarde el discurso nacionalista vino a reforzar el montaje de Chavero, Peñafiel, Salazar y Contreras, fundando el mito de la *Raza Cósmica* y transfirió contradictoriamente la modernización-nacionalista porfirista en el México Revolucionario, al colocar algunas esculturas de aquella exposición Universal en la cima del monumento de la Raza.

Se trataba entonces de modificar la imagen de México y los mexicanos:

“Muchos porfiristas consideraban que participar en las exposiciones mundiales era una de las mejores maneras de cambiar la difundida impresión de México como un país violento e incivilizado [...] México ha sido espléndidamente dotado por la naturaleza [...] Dar a conocer esas riquezas, y abrir por su medio ancho cauce a la industria y al comercio es una obra patriótica, que, sólo por medio de las exposiciones es posible llevar a cabo”¹⁸.

18 Tenorio, *Artilugio...*, 66.

¿Qué tan distante fue la imagen, interior-exterior, que promovió la causa revolucionaria en Río de Janeiro, Sevilla o París de aquella que presentó el porfiriano? A no dudarlo, se trataba del mismo ejercicio del poder manipulador que procuró hegemonizar el orden político-social interior y estrechar vínculos con los poderosos capitalistas del extranjero. Había que hacer fluir un simbolismo expresado en:

“un selectivo indigenismo antropológico, arqueológico y político, una nueva visión de la historia nacional para cambiar el momento del alumbramiento de la edad dorada de la nación (ahora era la Revolución), una marcada tendencia a homogeneizar y mitificar los símbolos revolucionarios y un decreto de cómo reconstruir la manera de entender al país. México era tropical, fértil, bello, fundamentalmente viril, estatista y populista. No se trataba esencialmente de una nueva e inédita imagen de México sino de un [refraseo] de la imagen fabricada con añejos ingredientes y tácticas”¹⁹.

La pobreza, la exclusión de vastos sectores de la población, el abuso que padeció la clase trabajadora, el manejo corrupto del mercado y la usurpación de las riquezas nacionales fueron la cara oculta del teatro de la modernidad. Los miles de rostros de la multitud enfrentados a dilemas socio-económicos y culturales que desgarraban sus esperanzas no formaron parte de ese cosmopolitismo que pretendieron jalonar las elites mexicanas. Al contrario había que ocultar, omitir o silenciar esa realidad de nación

en cada una de las exposiciones universales, pues las “consecuencias sociales de la modernidad, de hecho, era lo último que consideraba el programa de modernización del México porfiriano [y revolucionario]”²⁰.

Lamentablemente el trabajo de Mauricio Tenorio no indagó en las voces polifónicas del México que recepcionó la tensión entre las ofertas modernizadoras (discursos) y los consumos tradicionales (prácticas). Sin embargo, eso no excluye la posibilidad de ‘conjeturar’ que en el prolongado tránsito hacia la conquista de la civilización centro europea México tuvo que haber inaugurado su ingreso al mundo moderno, a partir de ahí su desarrollo y sus problemas fueron, en lo esencial, los de ese contexto.

LA REPRESENTACIÓN DE LA EXPERIENCIA HUMANA

La renovación de la historiografía depende mucho menos de la crisis de los modelos de conocimiento social que de los propios investigadores. Los sustanciales avances, y por cierto sus retrocesos, que ha registrado la investigación histórica han contraído mucho mayores deudas con la siempre sorprendente experiencia humana, las más de las veces impredecible, como también con un sinnúmero de investigadores —de aquí y allá e independientemente del modelo referencial al que se han adscrito— por querer comprenderla e interpretarla.

19 *Ibid.*, 319.

20 *Ibid.*, 45.

El ser humano y sus experiencias liberan sus prácticas sociales, entendidas en su más amplio sentido, sin proyectarse como un proceso que impondrá sellos, ritmos o identidades, que por cierto las crea pero sin consciencia de que lo estén haciendo. Quizás por lo mismo hombres y mujeres no se enfrentan al dilema de asumir si tal o cual práctica que ejercen será más o menos representativa de un modo de ser.

Al contrario, aquellos que nos dedicamos a interpretar esos actos tenemos la necesidad, a veces imperativa, de matricularnos con una teoría social, un paradigma –nuevo o de antaño– que sea lo más próximo a nuestras convicciones científicas y/o militantes. Esto no quiere decir que un modelo de hacer ciencia social no contribuya a neutralizar las deformaciones, endógenas y exógenas, que puedan contraerse en el curso de una investigación. Sin embargo, habría que preguntarse si son sólo ellas las que nos permiten ajustar nuestras consideraciones sobre el objeto de estudio y su aprehensión, o necesariamente esto depende del nivel de compromiso de nosotros como investigadores por hacer una decodificación permanente del presente para así releer de mejor manera el pasado²¹.

Ningún paradigma histórico garantiza por sí solo que las investigaciones que se han llevado a cabo sobre las experiencias humanas son representativas de ideales, acciones, identidades, conflictos, materialidades de un colectivo (cofradías, obreros, labradores, creyentes, etc.) o un tejido social mayor (civilización, Estado, Nación, etc.). De hecho los paradigmas fueron responsables, hasta cierto punto, de desvirtuar las historias que hemos (re)construido, por intereses ajenos a esos propios hombres y mujeres que son objeto de nuestras investigaciones²².

Es que el motor de cualquier interpretación histórica, la mayoría de las veces, seguirá siendo la imaginación del investigador que quiere ‘conjeturar’ las huellas de otros seres humanos del pasado o el presente. Que a pesar de haber dejado sólo retazos, esbozos o suspiros de alguna práctica social, no renuncia a sacarlos del anonimato, de la negación que han padecido por otros, de los abusos que no les han permitido ejercer sus propias decisiones o de las alegrías que han ocultado en la crítica social, de una proclama o libreto teatral disfrazada en un seudónimo.

Es en este sentido que Chartier²³ nos anima a reflexionar que nuestro ofi-

21 William Roseberry es claro en este punto cuando hace la crítica a Clifford Geertz, como representante de aquella perspectiva que exagera la interpretación de los campos culturales sin considerar que hay estadios superpuestos y que la interpretación necesita estar mediatizada no tan solo por el investigador sino que por la relación existente entre los propios sujetos y sus prácticas. Al respecto véase Roseberry, *Anthropologies...*

22 Varios autores han criticado las representaciones de la experiencia histórica que se han elaborado por la comunidad Académica, dando forma a retratos poco felices en no pocos casos. En este sentido ver Michel Foucault, *La arqueología del saber* (México, siglo XXI, 1970); Michel Foucault, *Microfísica del poder* (Madrid: Ediciones La Piqueta, 1979); Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traductor S. Mastrangelo, (México: Fondo Cultura Económica, D. F., 1992).

23 Roger Chartier, *El mundo como representación: Historia cultural. Entre la práctica y la representación* (Barcelona: Gedisa, 1992); Roger Chartier, “La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas”, en *Historias* N° 31, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 1993-1994, pp. 5-19.

cio está en una constante pugna por encontrar los caminos más adecuados para subsistir en la siempre compleja tarea de retratar a otros. Su perspectiva considera que la historiografía y sus vaivenes han explicado insuficientemente ciertas prácticas de los individuos y sus colectivos. El llamado entonces es a ocuparse de aquellas huellas inexploradas, para avanzar hacia una mayor comprensión de las experiencias humanas, situadas esta vez en sus prácticas y representaciones, pues queda claro que el trabajo histórico sobre la literalidad de los discursos ha invisibilizado otras formas y fondos de realidad que son necesarias descubrir.

Se trata entonces de realizar una historia cultural que rompa con las clasificaciones estereotipadas de los grupos, superando las construcciones que anticipan las prácticas de los individuos de acuerdo a la división social, política, ideológica y que suponen una determinación de las estructuras de comportamientos, valores y símbolos²⁴. Lo sugerente es dar inicio a esta renovación para imaginar la historia de ese presente-pasado, inconmensurable, con los *objetos, formas, códigos* para superar así la *concepción mutilada de lo social*²⁵.

Más allá de las constituciones sociopolíticas o socioeconómicas embrionarias²⁶ de los sujetos el desafío que se le presenta al historiador, contemporáneo, es hacer visibles la *pluralidad de apropiaciones*²⁷.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La historia y las ciencias sociales no han tenido una trayectoria cómoda a la hora de construir sus objetos de estudio, métodos y técnicas de investigación. Al menos desde el siglo XVII los estudiosos de lo social tuvieron una permanente tensión por definir sus alcances y límites en la elaboración del conocimiento producido, sin embargo, a pesar de los amplios debates y reuniones de intelectuales provenientes de la filosofía, se fueron quedando sin un estatuto epistemológico que sustentara sus principios como realidad científica. Ya para el siglo XVIII las ciencias naturales comenzaban a desconfiar de los pensadores sociales por su evidente alejamiento en el descubrimiento de leyes naturales universales a través del tiempo y el espacio.

En la década de 1960 recién hubo una estrecha colaboración entre la

24 Es oportuno volver sobre la vieja discusión del papel que ocupa la temporalidad en los estudios históricos, en este sentido la historia cultural contemporánea ha contribuido a desarrollar investigaciones que permiten vislumbrar el papel que juega la vida cotidiana en la estructuración de las representaciones y prácticas de los individuos. En este sentido sería justo reconocer y asociar los estudios de la vida cotidiana que han realizado en el pasado Agnes Heller, *Sociología de la vida cotidiana* (Barcelona: Península, 1987); Alf Ludtke, *The history of everyday life : reconstructing historical experiences and ways of life*, Traducción de Williams Templar, (Princeton: Princeton University, 1995); Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano: artes de hacer*, Traducción de Alejandro Pescador, (México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Centro Francés de Estudio, 1996); Michel de Certeau, *La cultura en plural* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1999); Michel de Certeau, *Practice of everyday life*, Traducción de Steven Rendall, (Berkeley: University of California, 1988).

25 Chartier, *El mundo...*, 54.

26 Un importante giro a la historia social en esta perspectiva se puede encontrar en la siguiente obra de Edward Palmer Thompson, *Costumbres en común* (Barcelona: Crítica, 1995).

27 Chartier, *El mundo...*, 60.

historia y ciencias sociales. “Algunas tradiciones de las ciencias sociales parecían ofrecer instrumentos específicos para desarrollar una historia crítica o más bien una ciencia social histórica crítica”²⁸. Al analizar los procesos y estructuras más anónimos la historiografía amplió sus campos hacia la historia social y económica, lo que permitió estudiar acontecimientos que estaban por detrás o debajo de las instituciones, ideas o prácticas sociales. “El empleo de conceptos analíticos y enfoques teóricos en sí era una forma de expresar oposición al paradigma historicista”²⁹. A pesar de todos los esfuerzos realizados, para concretar esta alianza entre historia y ciencias sociales, en la búsqueda de una mejor interpretación de las experiencias humanas no pasó de ser un fenómeno de minoría.

La universalidad del conocimiento social aún es una tarea pendiente de la historia y las ciencias sociales. En la medida que la descolonización de África, Asia y América Latina avanzó desde mediados de los años cincuenta, las teorías y modelos elaborados cada vez tuvieron menos incidencia en representar las transformaciones que estaban operando en esas latitudes. “Si la ciencia social es un ejercicio en la búsqueda de conocimiento universal, entonces lógicamente no puede haber otro, porque el otro es parte de nosotros”³⁰.

Tal parece que hasta hoy el conocimiento social institucionalizado en

la academia no ha podido superar las contradicciones internas que le genera abandonar el parroquialismo, pues lo lleva en su esencia epistemológica, teórica y metodológica. El desafío futuro será responder en forma adecuada y plenamente a una traducción de las manifestaciones culturales, a diversas escalas de observación, que superen los marcos nacionales, regionales o de meta-relatos, que ya en el pasado construyeron varios historiadores comparando lo incomparable para sustentar las ‘identidades inventadas’ por las elites del viejo o nuevo mundo. Por tanto, la búsqueda de la universalidad del conocimiento social no estará dada por la elaboración de una historia necesariamente global, como algunos proclaman hoy, sino que rescatando el papel primordial que juega la cultura en la constitución de la experiencia histórica, tanto de los historiados como en los historiadores.

La historia cultural actualmente se está atomizando epistemológica y metodológicamente a un nivel insospechado³¹. Por tanto será conveniente para salvar la crisis de identidad que padece la nueva historia cultural dar un giro hacia una historia de los encuentros culturales, “lo que nos sitúa muy lejos de la homogeneidad cultural, suposición que ha sido el defecto fatal de una forma tradicional [y contemporánea] de historia cultural”³².

28 Emmanuel Wallerstein (coordinador), *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, 8ª edición, (México: coedición UNAM y Siglo XXI editores, 2004), 47.

29 *Ibid.*

30 *Ibid.*, 62.

31 Muchos autores coinciden en señalar que la historia cultural ha llegado a un punto ciego. Burke es quien ha sintetizado estos límites como metodología de trabajo histórico. Ver Burke, *¿Qué es la historia...*153.

32 Peter Burke, “La historia cultural y sus vecinos”, en *Alteridades*, 17/33 (2007):111-117.

